

EN 1965 se constituye en torno a Ronald Laing una comunidad de una veintena de personas. Esta comunidad se instala en las afueras de Londres, en un viejo edificio conocido por el nombre de Kingsley Hall, y que fue durante años uno de los principales centros de actividades del movimiento obrero británico. Durante cinco años, los adalides de la antipsiquiatría y un grupo de enfermos, que, según expresión de aquéllos, «hacen carrera en la esquizofrenia», explorarán colectivamente el mundo de la locura. No la locura de manicomio, sino la locura que cada cual lleva dentro, una locura a la que se intenta dejar libre para así eliminar las inhibiciones y los síntomas de todo tipo. En Kingsley Hall se olvida —se procura olvidar— el reparto de los papeles entre enfermos, psiquiatras, enfermeros, etcétera. Nadie está capacitado para dar o recibir directrices, para recetar... Kingsley Hall se convertirá así en una parcela de territorio liberado, una base del movimiento de la contracultura.

Los antipsiquiatras se proponen superar las experiencias de la psiquiatría comunitaria; según ellos, no se trataba todavía más que de empresas reformistas, que no llegasen a poner en tela de juicio las instituciones represivas y la psiquiatría tradicional. Maxwell Johns y David Cooper (1), dos de los principales animadores de aquellos primeros intentos, participarán activamente en la vida de Kingsley Hall. La antipsiquiatría dispondrá, pues, de su propia superficie de inscripción, especie de cuerpo sin órgano en el que cada rincón de la casa —sótano, terraza, cocina, escalera, capilla...—, cada secuencia de la vida colectiva funcionará como uno de los engranajes de una gran máquina, transportando a cada cual más allá de su yo inmediato, más allá de sus pequeños problemas, independientemente de si se pone al servicio del resto de la comunidad o si se tambalea internamente en un proceso de regresión a veces vertiginoso.

Parcela liberada, Kingsley Hall se halla, sin embargo, totalmente sitiada: el viejo mundo se infiltra por todos sus resquicios: los vecinos protestan contra su vida nocturna, los niños del barrio apedrean los cristales, los policías están dispuestos a utilizar el mínimo pretexto para embarcar en dirección al hospital

(1) David Cooper: «Psiquiatría y Antipsiquiatría».



La antigua enfermera Mary Barnes, paciente «vedette» de los antipsiquiatras británicos, es hoy una pintora que vende.

EL «VIAJE» DE MARY BARNES

psiquiátrico —al auténtico— a los agitados pensionistas (2).

Sin embargo, la verdadera amenaza para Kingsley Hall vendrá del interior: sus inquilinos han conseguido liberarse de las coacciones más fácilmente identificables; sin embargo, continúan interiorizando secretamente la represión. Por otro lado, siguen sometidos al yugo de las reducciones simplistas al famoso triángulo —padre, madre, niño— del psicoanálisis edípico tradicional.

¿Es preciso mantener un mínimo de disciplina en Kingsley Hall? Las luchas intestinas por el poder envenenan el ambiente. Aaron Esterson, paladín de la tendencia «dura» —suele vérselo

(2) No puede compararse, sin embargo, con la represión italiana, que ha liquidado ensayos menos «provocadores» ni mucho menos con la feroz represión alemana que está ensañándose actualmente con los miembros del S. P. K. («Sozialistisches Patientenkollektiv» Comunidad Socialista de Pacientes) de Heidelberg.

pasear con un libro de Stalin bajo el brazo, mientras que Laing lleva uno de Lenin—, es finalmente eliminado; sin embargo, seguirá resultando difícil dar con un régimen de autogobierno adecuado. Para colmo, la prensa, la televisión, los medios que pretenden estar siempre al tanto de toda novedad, comienzan a ocuparse de la experiencia antipsiquiátrica, y Kingsley Hall se ve pronto rodeada de la publicidad más escandalosa. Una de las pensionistas, Mary Barnes, se convierte así en una especie de «vedette» de la locura, lo que provoca más de un ataque de celos.

Esta Mary Barnes y su psiquiatra, Joseph Berke, han escrito un libro sobre su experiencia en Kingsley Hall (3). Se trata de una confesión de un candor desconcertante, y al mismo tiempo de una ejemplar empresa de liberación del «deseo loco», caracterizada por un dogmatismo neo-

(3) «Mary Barnes, un viaje a través de la locura».

FELIX GUATTARI

behaviorista (4), una serie de hallazgos geniales y un impenitente «parentalismo», que enlaza con el más tradicional de los puritanismos. Mary Barnes —la loca— aclara en unos cuantos capítulos de confesión lo que ningún antipsiquiatra había mostrado jamás: la cara oculta del antipsiquiatra anglosajón.

Reacciones de pánico

Mary Barnes es una antigua enfermera a la que se etiquetó de esquizofrénica. Aunque también hubieran podido diagnosticar un caso de histeria. Mary toma al pie de la letra las reco-

(4) Behaviorismo: Teoría de comienzos de siglo que reducía la psicología al estudio del comportamiento definido como la interacción entre los estímulos exteriores y las respuestas del individuo. El neobehaviorismo actual tiende a reducir todos los problemas humanos a cuestiones de comunicación e información, dejando de lado los problemas socio-políticos del poder a todos los niveles.

EL "VIAJE" DE MARY BARNES

mendaciones de Laing en torno al «viaje» y lleva a cabo su «regresión a la infancia» al modo de un kamikaze. Sus años de «descenso» la llevan más de una vez al borde de la muerte por inanición. Todo el mundo se vuelve como loco: ¿es o no preciso llevarla al hospital? Este debate provoca «una crisis gigantesca» en la comunidad. Pero hay que añadir que tampoco en los períodos de «reascenso» de Mary Barnes se soluciona nada; Mary sólo quiere relacionarse con las pocas personas sobre las que vuelca todo su «parentalismo» y su misticismo, es decir, Ronnie (Laing), al que venera como a un dios, y Joe (Berke), al que convierte a la vez en su padre, su madre y su amante espiritual.

Mary Barnes se reservó, pues, para sí misma una pequeña parcela edípica que iba a entrar en resonancia con todas las tendencias paranoicas de la institución. Su goce se centra en la conciencia dolorosa, que la atenaza sin tregua, del mal que provoca en torno suyo. Mary se opone al proyecto de Laing. ¡Y, sin embargo, este proyecto es lo que ella más estima! Cuanto más culpable se siente, más se castiga a sí misma —y más se agrava su estado—, con lo que provoca reacciones de auténtico pánico entre quienes la rodean. Mary ha reconstituido el círculo infernal del parentalismo, aunque comprometiéndolo a más de veinte personas a la vez, lo que agrava aún más las cosas.

Mary se finge el bebé y hay que alimentarla con biberón. Se pasea desnuda, embadurnada de mierda, orina en todas las camas, lo rompe todo o se deja morir de hambre. Tiraniza a Joe Berke, impidiéndole salir de Kingsley Hall, y persigue a su mujer, hasta que un día, no pudiendo resistir más, Joe la emprende a puñetazos con ella. Los psiquiatras se sienten tentados a recurrir a los archiconocidos métodos del manicomio tradicional. Joe Berke se pregunta: ¿cómo es que «un grupo de personas que se dedican a desmitificar las relaciones sociales de las familias perturbadas terminan comportándose igual que cualquiera de ellas»?

Por fortuna, Mary Barnes es un caso límite. ¡No todo el mundo se comporta como ella en Kingsley Hall! Pero, ¿no es ella quien plantea los auténticos problemas? ¿Es verdad que la comprensión, el amor y demás virtudes cristianas conjugadas con una técnica de regresión mística

bastan para conjurar los demonios de la locura edípica?

Demasiado desorden

Laing es, ciertamente, uno de los individuos que más a fondo se han comprometido en la empresa de demolición de la psiquiatría. Es verdad que ha franqueado los muros del asilo, pero uno tiene la impresión de que sigue siendo prisionero de otros muros que lleva consigo a todas partes; no ha logrado liberarse de la peor atadura, del más peligroso de los *doublebinds* (5), el del «psicoanalismo» —para emplear la feliz expresión de Robert Castel—, con todo su delirio de interpretación significativa, sus representaciones con doble fondo y sus abismos ridículos.

Laing pensó poder eliminar la alienación neurótica centrándolo en el análisis en la familia, en sus «nudos» internos. Para él todo se deriva de la familia. Laing piensa que hay que salir de una vez de ese marco para fundirse en el cosmos, para así hacer estallar la cotidianidad de la existencia. Sin embargo, no logra sustraerse a la influencia del «parentalismo», que él tomó sólo como punto de partida, pero que ahora le persigue continuamente. Laing trata de sortear este obstáculo refugiándose en una meditación de estilo oriental que, sin embargo, no logrará impedir durante mucho tiempo la intrusión de un subjetivismo capitalista que dispone de medios muy sutiles. Mientras no se haga frente a ese mecanismo esencial de la represión capitalista, ningún cambio decisivo podrá introducirse en la economía del deseo y consecuentemente en el estatuto de la locura.

En el libro de Barnes y Berke se alude continuamente al flujo de mierda, de orín, de leche o de pintura. Pero resulta significativo observar que jamás se habla en él prácticamente de flujo de dinero. No se sabe a ciencia cierta cómo funciona la comunidad desde el punto de vista científico. ¿Quién maneja el dinero, quién decide lo que hay que comprar, quién recibe un sueldo? La comunidad parece vivir del aire: el hermano de Mary, Peter, mucho más comprometido que ella en un proceso esquizofrénico, no soporta el estilo

(5) Doble atadura contradictoria que se sitúa en el plano de las comunicaciones entre un individuo y su familia y que llega a perturbarle por completo.



Ronald D. Laing es uno de los individuos que más han contribuido a la demolición de la psiquiatría tradicional.

bohémio de Kingsley Hall. Hay demasiado ruido, demasiado desorden; además, lo que él quiere sobre todo es resistir en el trabajo.

Pero su hermana insiste en que se instale con ella en Kingsley Hall. Implacable proselitismo de la regresión: ya verás, harás tu propio viaje, podrás pintar, llegarás hasta el borde mismo de tu locura... Pero la locura de Peter si es inquietante, lo es en otro sentido. Peter no parece dispuesto a lanzarse a una aventura semejante. Tal vez podamos apreciar aquí la diferencia entre un auténtico viaje de esquizofrénico y una regresión «parentalista» de estilo pequeño-burgués. El esquizofrénico no parece propender al «calor humano». El esquizofrénico no desconoce la realidad del dinero —aunque haga del mismo un uso fuera de lo común—, como no desconoce ninguna otra realidad. El esquizofrénico no se hace el niño. El dinero es para él un sistema de referencias como otro cualquiera y él necesita disponer del mayor número posible de este tipo de sistemas para poder guardar sus distancias. El intercambio es para él un medio de evitar la promiscuidad. En una palabra, Peter desearía que dejaran de darle la lata con esas historias de comunidades invasoras que suponen una amenaza para su relación singular con el deseo.

La neurosis parentalista de Mary es algo distinto; ésta no deja en ningún momento de constituir pequeñas territorialidades familiares; es el suyo una especie de vampirismo del «calor humano». Mary se aferra a la imagen del otro; así es como, por ejemplo, pidió a Anna Freud que la analizase. Mas para ella ser analizada por Anna Freud significaba instalarse en su casa con su hermano para convertirse ambos en hijos suyos. Esto es lo que trataría de hacer después con Ronnie y Joe.

Una profesional

El «parentalismo» consiste en negar mágicamente la realidad social, evitando toda conexión con los flujos reales. Sólo son posibles entonces el sueño y ese infernal espacio cerrado que es el sistema conyugal-familiar, al que, en los momentos de crisis, puede sumarse un pequeño territorio impregnado de orines para el retiro en soledad. Tal es el modelo seguido por Mary Barnes en Kingsley Hall. Así es como se convirtió en misionera de la terapéutica de Laing, en militante de la locura, en profesional.

Uno aprende en esta confesión mucho más que a través de la lectura de obras teóricas sobre la antipsiquiatría. Es posible vislumbrar además las secuelas

del psicoanálisis en los métodos de Laing y sus amigos.

Delirio en común

Desde el Freud de los «Estudios sobre la histeria» hasta los analistas estructuralistas más a la moda, todo el método psicoanalítico consiste en reducir cualquier situación por medio de tres cribas:

— La interpretación: una cosa debe significar siempre otra cosa fuera de ella. La verdad no podrá ser aprehendida en la actualidad de las intensidades y las relaciones de fuerzas, sino solamente por mediación de un juego de claves significantes.

— El «parentalismo»: estas claves significantes son esencialmente reductibles a representaciones familiares. Para dar con ellas se procederá por regresión: se inducirá al sujeto a «reencontrar» su infancia o más bien cierta representación «despotenciada» de la infancia, una infancia del recuerdo, mítica, una infancia refugio —algo así como el negativo de las intensidades actuales— que carece de toda relación posible con lo que fue positivamente la infancia.

— La transferencia: en el prolongamiento de la reducción interpretativa y de la regresión parentalista se reinstala el deseo en un espacio ajado, un miserable terrenillo apto para la identificación (el diván del psicoanalista, su mirada, su supuesta escucha). Como la regla del juego establece que todo lo que se presente deberá ser reducido a términos de interpretación e imágenes de papá y mamá, sólo resta proceder a la reducción última de la propia batería significativa, fundamentada a su vez en un único término: el silencio del analista sobre el que incidirán todas las preguntas. La transferencia psicoanalítica, especie de centrifugadora destinada a separar la realidad del deseo, sumerge al individuo en un vértigo de abolición, una pasión narcisista que, aun siendo menos peligrosa que la ruleta rusa, no por ello deja de conducirle, si es fructífero el análisis, a una irreversible fijación en unas cuantas sutilezas de pacotilla que terminarán por expropiarle de cualquier otra inversión social.

Se sabe desde hace tiempo que estas tres cribas funcionan bastante mal cuando se aplican a los locos: sus interpretaciones, sus imágenes se apartan demasiado de las coordenadas sociales dominantes. En lugar de renunciar-

se a ese método, en Kingsley Hall se tratará de perfeccionar las cribas para reforzar sus efectos. Así, la interpretación silenciosa del análisis dual será sustituida por una interpretación colectiva —y ruidosa—, por una especie de delirio de interpretación en común. El método —es cierto— cobra nueva eficacia: ya no se contenta con un juego de espejos entre las palabras del paciente y el silencio del analista, sino que intervienen los objetos, los gestos, las relaciones de fuerzas. Joe Berke entra en el gran juego de la regresión de Mary Barnes y gruñe, hace el cocodrilo, la muerde, la pellizca, la arrulla en la cama...

Así se llega casi a una nueva práctica, a una semiótica distinta. Casi se rompen las amarras con los principios sacrosantos del simbolismo y la interpretación. Pero no, el psicoanálisis se recupera una y otra vez y reinstituye sus coordenadas parentalistas. Y cae en su propia trampa: cuando Joe Berke necesita salir de Kingsley Hall, Mary hace lo posible por impedirle. No sólo resulta interminable el análisis, sino también la sesión. Berke no consigue, más que enfadándose, librarse unas horas de su «paciente» para participar en una reunión en torno a la guerra de Vietnam.

Una pintora célebre

La contaminación interpretativa ha perdido todo límite. Paradójicamente ha sido la propia Mary la primera en romper el círculo: a través de su pintura. En efecto, en cuestión de meses, Mary Barnes se ha convertido en una célebre pintora (6). Y, sin embargo, también en este caso interviene la interpretación: si Mary se siente culpable por dar clases de dibujo es porque teme que su madre, aficionada como ella a la pintura, pudiese sentirse contrariada si se enterase de que su hija pinta mejor que ella. Tampoco el padre queda a salvo: «Ahora, con todas esas pinturas posees el pene, el poder, y tu padre se siente amenazado».

Con conmovedora aplicación de esfuerzo Mary en ingerir todo

(6) Sus exposiciones, en Gran Bretaña y en el extranjero, le han proporcionado cierta notoriedad. Habría mucho que hablar, por otro lado, de esta especie de recuperación, estilo «arte bruto», consistente en lanzar al mercado a un artista loco... como si se tratase de una «vedette» de «music-hall», para el mayor beneficio de los productores de este tipo de espectáculos. La esencia del «arte loco» es la de ir más allá o quedarse más acá de la idea de obra de arte o de las funciones de autor.



Parcela liberada, Kingsley Hall, se halla, sin embargo, totalmente sitiada: el viejo mundo se infiltra por todos sus resquicios.

ese párrafo psicoanalítico. De ese modo se convierte en la oveja negra de Kingsley Hall: se niega a relacionarse con cualquiera en la comunidad. Rechaza a los demás porque quiere cerciorarse de que la persona que se ocupe de ella está bien impregnada del pensamiento de Romnie. «Cuando adquirí la noción de seno, la de un seno protector, el seno de Joe, un seno que yo podía mamar sin verme desposeída de mí misma, ya nada me retuvo (...). Cuando Joe me introducía el dedo en la boca, era como si me dijese: "Mira, puedo entrar dentro de ti sin dominarte, sin poseerte..."».

El psicoanalista acaba, pues, desbordado por la máquina interpretativa que él mismo ha contribuido a desencadenar. Y lo confiesa: «Mary interpretaba todo cuanto se hacía por ella (o por cualquier otro miembro de la comunidad) como parte de la psicoterapia. En el hecho de que el carbón no se suministrase a tiempo, Mary veía, por ejemplo, un elemento del tratamiento». Ello no impide a Joe Berke continuar forcejeando con sus propias interpretaciones, que no tienen otro objetivo que el de reintegrar sus relaciones con Mary en el clásico triángulo edípico: «(...) A partir de 1966 comencé a darme cuenta del papel que jugaba junto a ella: "mamá" tenía preponderancia cada vez que Mary se hacía la niña pequeña, mientras que "papá" y "su hermano Peter" se disputaban el segundo puesto. Siempre que Mary me asimilaba a alguna otra persona, yo me esforzaba en hacerle cobrar conciencia de ello con el fin de ayudarla a escapar de su tela de araña, así como para conservar yo mismo mi propio sentido de la realidad». Berke no logrará, sin embargo, triunfar en su empeño. Mary hará desde dentro que toda la casa se tambalee.

Un pecado mortal

Hablemos de la técnica de la regresión y la transferencia: des-

arrolladas en un medio comunitario, acentúan sus efectos de «desrealización». En la sesión analítica tradicional, la relación dual, el carácter artificial y delimitado del escenario constituyen una especie de quitamiedos, de protección contra los desbordamientos imaginarios. En Kingsley Hall, por el contrario, Mary Barnes se enfrenta a una muerte real al término de cada uno de sus viajes, y toda la institución se siente presa de una tristeza y una angustia igualmente reales. Hasta tal punto que Aaron Esterson recurre a los viejos métodos de la autoridad y la sugestión: estando Mary al borde de la muerte por inanición, Esterson le prohíbe brutalmente continuar su ayuno.

Con idéntica brutalidad, un psicoanalista católico le había prohibido años atrás masturbarse. Mary refiere que el psicoanalista le había explicado que masturbarse constituía un pecado aún más grave que el de acostarse con un muchacho sin estar casada. También en aquel caso el método autoritario había dado resultado. ¿No es, en efecto, ese retorno a la autoridad y la sugestión elemento indisoluble de la técnica de regresión absoluta? Cuando el sujeto se halla al borde de la muerte, sale de pronto de la sombra un papá-policía.

Lo imaginario, sobre todo en el psiquiatra, no constituye en absoluto una defensa contra la regresión social, sino que incluso recurre a ésta en secreto.

Una de las enseñanzas más ricas de este libro es tal vez la de que no hay nada más ilusorio que esperar reencontrar un deseo bruto, puro y duro mediante la búsqueda de nudos ocultos en el inconsciente y claves secretas de interpretación. No hay nada capaz de resolver, por magia de la transferencia exclusivamente, los conflictos micropolíticos reales de los que es prisionero el individuo. Nada hay que descubrir en el inconsciente. El inconsciente ha de construirse. Si el edipo de transferencia no resuelve el edipo familiar es porque continúa aferrado al individuo «parentalizado».

Eros capitalista

Solo, tendido en el diván, o en grupo, a través de una regresión institucional, el «neurótico-normal» (ustedes o yo) o el neurótico del psiquiatra (el «loco») continúa esperando en el edipo. Los psicoanalistas, adictos por formación y

LED

EBC

1/2000



Las 3 extraordinarias características de la nueva FUJICA

LED

Abandonando radicalmente el sistema de medición de las cámaras corrientes, el exposímetro de la FUJICA ST801 emplea siete diodos emisores de luz (LED) claramente visibles en el visor, donde usted normalmente esperaría ver la aguja indicadora. Estos sorprendentes diodos superan a la aguja en un grado fantástico de precisión, dando indicaciones de hasta 1/4 de diafragma y permitiendo de esta forma una completa libertad para el exacto ajuste de la exposición. El fotómetro LED reacciona a las variaciones de la luz en forma diez veces más rápida que los otros sistemas, es fácil de ver en la oscuridad y está prácticamente a prueba de errores porque actúa en forma totalmente electrónica, sin mecanismos móviles.

EBC

Las lentes del objetivo EBC (multitratamiento anti-reflejos por radiaciones electrónicas) de la FUJICA ST801, está recubierto hasta con once capas anti-reflejos en sus elementos claves, algo sin precedentes en la tecnología de los objetivos.

El objetivo Fujinon EBC multirevestido es una garantía insuperable para obtener las más nítidas, claras y brillantes fotografías, incluso bajo las condiciones más difíciles de iluminación lateral o a contraluz.

1/2000 de seg.

Esta velocidad del obturador no es corriente en cámaras del tipo de la FUJICA ST801.

Permite fijar los movimientos más rápidos y su mecanismo de precisión trabaja con la misma exactitud incluso en temperaturas extremas.

La FUJICA ST801 posee también otros detalles importantes como su triple sistema de enfoque, un visor 50% más brillante, protección interna anti-reflectante, una gama completa de objetivos intercambiables (entre ellos dos zoom: 75-150 y 54-270) y accesorios y, naturalmente, medición a plena apertura. Y completando esta larga lista de innovaciones en cámaras réflex, la FUJICA ST801 es de un tamaño reducido, ligera y de precio sorprendentemente moderado.

FUJI PHOTO FILM CO., LTD.

FUJI FILM

FUJICA ST801



Para comprobar estas sensacionales características, acuda lo más pronto posible a su proveedor FUJICA o, si lo prefiere, solicite el magnífico folleto ilustrado de 28 páginas a todo color al representante exclusivo de FUJI FILM para España:

MAMPEL ASENS, S. A. - Aragón, 180 - Barcelona-11 • Le invitamos a visitar nuestro stand en SONIMAG

EL "VIAJE" DE MARY BARNES

por práctica a la droga reductora de la interpretación, no podían sino reforzar esta política de represión del deseo: la transferencia es una técnica de desviación de las metas del deseo. Lejos de moderar la carrera hacia la muerte, parece más bien acelerarla, acumulando, como en un ciclón, las energías edípicas «individualizadas» en lo que Joe Berke califica de «viciosa espiral castigo-cólera-culpabilidad-castigo». La transferencia sólo puede conducir a la castración, a la renuncia y a la sublimación: un ascetismo de pacotilla. Los objetos de la culpabilidad colectiva actúan como repetidores unos de otros, acentúan los impulsos punitivos autodestructivos, reforzándolos a base de una represión real, hecha de cólera, celos y miedo.

La culpabilidad se convierte así en una forma específica de la libido —un Eros capitalista— cuando entra en conjunción con los flujos desterritorializados del capitalismo. Encuentra entonces un nuevo camino, una solución inédita, fuera de los marcos familiares, hospitalarios o psicoanalíticos. No debí, hice mal, y, cuanto más me pesa, más ganas siento de hacerlo, porque así hago posible mi existencia en esa zona de intensidad de la culpabilidad. Solamente que esa zona, en lugar de ser «corporeizada», de quedar integrada en el cuerpo del sujeto, en su yo, en su familia, tomará posesión de la institución; en el fondo, la verdadera ama de Kingsley Hall era Mary Barnes. Y ella lo sabía perfectamente. Todo giraba en torno suyo. Mary se limitaba a jugar al edipo, mientras que todos los demás estaban presos en la red del edipismo colectivo.

Un día en que la encuentran embadurnada de mierda y tiritando de frío, los nervios de Joe Berke estallan. Joe toma conciencia entonces de su «extraordinaria capacidad para evocar la pesadilla favorita de cada uno y encarnarla». De ese modo, en Kingsley Hall, la transferencia no se ve ya frenada por el psicoanalista, sino que se expande en todas las direcciones hasta amenazar incluso al propio analista. ¡Todo el mundo se convierte así en psicoanalista! Y, sin embargo, faltó sólo un pelo para que todos, absolutamente todos, dejaran de serlo, para que las intensidades propias del deseo, los «objetos parciales» siguieran sus propias líneas de fuerza sin sufrir las interferencias de los sistemas de interpretación, debidamente codificados

por el emparrillado social de la «realidad dominante».

En torno a la familia

¿Por qué esa tentativa desesperada por parte de Joe Berke de reunir la multiplicidad diseminada a través de la cual «experimenta» Mary la disolución de su yo y trata de hacer estallar su neurosis? ¿Por qué ese retorno a los polos familiares, a la unidad de la persona que impiden a Mary abrirse a todo un campo social exterior, por lo demás potencialmente rico? «La etapa inicial de su reconstitución podría compararse a mis esfuerzos por reconstituir un rompecabezas del que me faltaban varios elementos. Muchos de estos elementos diseminados tenían limadas sus partes convexas y rellenas las cóncavas, así que me era prácticamente imposible saber cómo encajaban unas en otras. Naturalmente, ese rompecabezas representaba la vida afectiva de Mary, los elementos del mismo eran sus pensamientos, sus actos, sus asociaciones, su sueño, etcétera».

¿Qué nos demuestra que para Mary Barnes la solución consiste en buscar por el lado de la regresión infantil? ¿Qué nos prueba que el origen de sus trastornos proviene de perturbaciones, de bloqueos del sistema de comunicaciones intrafamiliares de su infancia? ¿Por qué no considerar más bien lo relacionado con su familia? En efecto, parece que todas las puertas que daban al exterior se le cerraban brutalmente cada vez que intentaba franquearlas; así es como en el exterior sólo pudo encontrar un parentalismo mucho más represivo sin duda que el que había conocido en su infancia. ¿Y si los pobres padre y madre Barnes no hubiesen sido más que los miserables repetidores de la tormenta represiva que reinaba en el exterior? Mary no estaba fijada en su infancia: ¡no había logrado encontrar una salida! Y su deseo de encontrarla era demasiado violento, demasiado exigente como para que pudiera adaptarse a los compromisos exteriores.

El primer drama estalla en la escuela. «La escuela era peligrosa». Mary se quedaba paralizada, aterrada en su silla, se peleaba con su maestra. «En la escuela, casi todo me angustiaba...». Mary fingía leer, fingía cantar, fingía dibujar... ¡Y, sin embargo, deseaba llegar a ser escritora, pintora, médico! Un día le explicarán que todo eso equivalía a un deseo más profundo de ser varón.

«Me avergonzaba de mis deseos de llegar a ser médico. Sé que aquel sentimiento de vergüenza estaba ligado... —otra vez la "interpretacionitis"— al enorme sentimiento de culpabilidad que producía en mí el deseo de ser varón. Todo lo que en mí había de masculino debía permanecer oculto, secreto, ingnorado».

El juego favorito

Curas y policías de toda índole se empeñaron en hacerla sentirse culpable a propósito de todo y de nada, y en relación con la masturbación, en particular. Cuando por fin se resigna a ser enfermera y se alista en el ejército, Mary se encuentra con otra puerta cerrada. En cierto momento de su vida la asaltan deseos de irse a Rusia, pues ha oído decir que allí se tolera «que una mujer tenga hijos sin estar casada». Cuando decide ingresar en un convento, las religiosas ponen en duda su fe: «¿Qué es lo que la ha animado a acudir a la Iglesia?».

Así es cómo Mary Barnes acaba en el asilo. Pero incluso en esta institución, Mary está dispuesta a hacer algo positivo, a entregarse a sus semejantes. Un día, por ejemplo, en que llega al «foyer» con un ramo de flores para una enfermera, tiene que soportar la reconvencción de uno de los guardiánes: «¡Váyase! Este no es lugar para usted». Resultaría prolijo hablar de todos los traumas sociales, del vapuleo que ha sufrido continuamente durante toda su vida. Ya enfermera, Mary Barnes se ve obstaculizada en sus deseos de pasar a la enseñanza superior. A Mary no la interesaba en un principio la familia, sino la sociedad. Pero las circunstancias la obligaron a volver a la familia. Y, aunque sea duro decirlo, tampoco Kingsley Hall constituyó ninguna excepción a ese respecto. Comoquiera que la interpretación parentalista fuese el juego favorito local, y comoquiera también que ella adorase a toda aquella gente, Mary Barnes entró en el juego. Pero ¡con qué talento!

Ella ha sido la auténtica analista de Kingsley Hall; ella fue quien puso en pleno funcionamiento todos los mecanismos neuróticos de la empresa, toda la paranoia subyacente de sus «padre y madre» de Kingsley Hall. ¿Habrá por lo menos contribuido Mary la misionera a que los antipsiquiatras clarifiquen las implicaciones reaccionarias de sus postulados psicoanalíticos? ■ F. G.

ALIANZA EDITORIAL

El libro de bolsillo

Ideas y movimientos sociales

- 45
Albert Ollivier
La Comuna
- 134
Edward H. Carr
Estudios sobre la revolución
- 181
Herbert Marcuse
El marxismo soviético
- 190
Holz, Kofler y Abendroth
Conversaciones con Lukacs
- 212
Sebastien Charlety
Historia del sansimonismo
- 218
Antonio Labriola
Socialismo y filosofía
- 265
Norman Hampson
Historia social de la
Revolución Francesa
- 268
Socialismo utópico español
Selección de Antonio Elorza
- 292
Herbert Marcuse
Razón y revolución
- 327
Leon Trotsky
Sobre arte y cultura
- 329
Isaac Deutscher
La década de Jrushov
- 357
Theodore Draper
El nacionalismo negro
en Estados Unidos
- 425
Edmund Wilson
Hacia la estación de Finlandia
- 435
Assar Lindbeck
La economía política
de la nueva izquierda
Prólogo de Paul Samuelson
- 441
Isaiah Berlin
Karl Marx
- 463
Norman F. Cantor
La era de la protesta